

LA PEQUEÑA RADIO

Por **Roselyn Edwards**

EL MARTES de tarde Heriberto permaneció junto a la ventana esperando la llegada del papá. El papá le había dicho que ese día, cuando regresara del trabajo, le traería una sorpresa. Heriberto casi no podía esperar para ver qué sería la sorpresa.

Finalmente vio cuando el papá llegó en el auto, y corrió a abrirle la puerta.

-¿La trajiste, papá? -le preguntó mientras éste lo levantaba para darle un beso-. ¿Trajiste la sorpresa? ¿Qué es?

-¡Cuántas preguntas! -dijo el papá-. Sí, traje la sorpresa.

Y el papá puso un paquete sobre la mesa de la cocina y la mamá acudió para mirar mientras Heriberto lo abría. Era una pequeña radio.

-Funciona con pilas -dijo el papá-. Podemos usarla en la tienda cuando vayamos a acampar. También podemos usarla ahora. Heriberto, puedes usarla para escuchar la hora de la historia.

-Ponla, papá -suplicó Heriberto-. Por favor, ponla ahora mismo.

-Primero tengo que colocarle las pilas -explicó el papá. Abrió entonces la tapita que había en la parte de atrás de la radio y sacó una cajita negra que estaba conectada con el resto de la radio. Abrió la caja y puso en ella seis pequeñas pilas. Luego cerró la caja y la volvió a colocar dentro de la radio. Cuando hizo girar el dial se produjo música. Luego dio otra vuelta al dial, y escucharon noticias. Mientras la mamá ponía la comida sobre la mesa, Heriberto llevó el aparato al escritorio del papá y escuchó la hora de la historia.

A la mañana siguiente después del desayuno, Heriberto pensó en la nueva radio. Quería prenderla otra vez, pero la mamá estaba ocupada con su hermanito, de modo que no podía pedirle que ella la prendiera. La tomó del escritorio del papá y la miró. Tenía dos perillas, una a cada lado del aparato. Heriberto no sabía cuál de las dos haría funcionar la radio, de modo que movió ambas. Las hizo dar muchas vueltas pero no se produjo ninguna música. Tampoco se oyeron noticias ni hubo historias.

Se preguntó qué andaría mal en esa nueva radio. Tal vez el mal estaba en las pilas. Se sentó en un rincón con la radio y probó el ganchito que abría la parte de atrás de la misma. Quería solamente mirar adentro. Allí no vio nada que pudiera entender. De modo que sacó la caja de las pilas y la abrió. Y una por una las sacó de la caja. Todo parecía estar bien en la caja de las pilas. Pensó que lo mejor sería poner de nuevo las pilas en su lugar, pero no querían acomodarse como estaban antes. Cuando el papá lo hizo parecía una cosa tan fácil!

Pero la madre pronto terminaría de atender al bebé, y Heriberto no quería que ella se enterara de que él había abierto la radio. Rápidamente metió en la caja tantas pilas como pudo y metió las restantes adentro, al lado de la caja.

Cerró la puertecita de la parte de atrás de la radio, y la volvió a colocar sobre el escritorio del papá.

-Trae la radio nueva -le dijo la mamá cuando él llegó a la cocina-. Veamos si tiene una música buena mientras lavamos los platos.

Heriberto fue a buscar la radio, pero se sentía muy desgraciado. El ya sabía que la radio no tocaba. Y cuando la madre dio vuelta el dial, no ocurrió nada. No se oyó música ni ninguna noticia.



-¡Qué raro! -dijo la mamá-. Anoche andaba muy bien.

Dio vuelta un dial, y luego el otro, pero no ocurrió nada.

-Quizá papá pueda descubrirlo cuando vuelva a casa -dijo después de un rato.

Heriberto sabía que debía decirle a la madre lo que había hecho, pero no quería hacerlo. Sentía ahora que habría sido mejor que hubiera esperado hasta que la mamá hubiera tenido tiempo de prender la radio.

Ese día Heriberto no esperaba contento, como otros días, la llegada del papá. No permaneció junto a la ventana para aguardar su llegada. A la hora en que el papá debía llegar, se fue a su cuarto y trató de jugar con sus juguetes. De pronto oyó que el papá llegaba.

-Algo anda mal con la nueva radio -oyó que la mamá le decía en seguida al papá-. ¿Por qué no la revisas? Espero que no tengas que devolverla.

A los pocos instantes Heriberto oyó que el papá lo llamaba.

-Heriberto, ven aquí un instante -le dijo.

Heriberto fue a la cocina. Pero lo hizo muy lentamente.

-¿Abriste la nueva radio? -preguntó el papá.

-Sí, papá -respondió Heriberto-. Yo quería arreglar las pilas para que la radio funcionara.

-Bueno, tú las arreglaste para que no funcionara -dijo el papá.

El papá colocó las pilas donde debían estar. Puso en su lugar la caja, y cerró la portezuela de la radio.

Dio vuelta al dial, y la radio funcionó. Lo que había ocurrido era que Heriberto no sabía prenderla.

-Quiero que recuerdes que esto no es para jugar o para desarmar -dijo el papá-. De manera que hoy no podrás escuchar la hora de la historia.

-No volveré a hacerlo -prometió Heriberto.

Y cumplió su promesa.